

TE CUENTO LO QUE HE VIVIDO



epaf equipo
peruano de
antropología
forense

TE CUENTO LO QUE HE VIVIDO

Durante los 21 años que han transcurrido desde la desaparición de mi hermano Luis Enrique en 1992, y mi trabajo con familiares de víctimas del conflicto armado interno como parte del Equipo Peruano de Antropología Forense - EPAF, he conocido muchas historias de vida, impactantes, dolorosas. Empiezas a pensar que son dolores que no se podrían aguantar, aunque que se vivan día a día.

Sus protagonistas sobrevivieron tanto al terror y la muerte desatada en mayo de 1980 por Sendero Luminoso, como a las injusticias cometidas por el Estado en su afán por acabar con el terror. Son sobrevivientes, a su vez, de la inacción del Estado en su obligación de proteger y reparar; de la indiferencia de muchos de nosotros, del olvido cómplice que nos paraliza y de mecanismos impuestos y autoimpuestos de silencio que nos impiden recordar, conocer el pasado y reconocer a los que más sufrieron. Son peruanos que viven su ciudadanía desde la sobrevivencia frente a un episodio doloroso que marcó sus vidas y que no olvidan.

La memoria es un medio para empoderar a las víctimas, un medio para reconocer su dolor y esfuerzo por salir adelante y un medio para alcanzar justicia.

Contar estas historias siempre será difícil. Escuchar sus testimonios hará que muchos no queramos saber o nos tapemos los oídos para no escuchar; sin embargo, tenemos una obligación como peruanos de reconocernos en ese dolor, de indignarnos ante la injusticia, de no pensar que es un “otro” de quien estamos hablando, sino de “nosotros” mismos, como peruanos.

El cuento puede ser un vehículo para compartir algunas de estas historias, mejor aún si el dolor que transmiten se combina con un arte hermoso como el dibujo de Lici Ramírez, joven artista con una enorme y fina sensibilidad para transmitir vivencias, para transportarnos en el espacio y el tiempo. Lici, a través del color, nos hace soñar con un mundo mejor, donde TODOS nos reencontremos, al cual TODOS pertenezcamos, donde TODOS seamos uno siendo distintos, pero sintiéndonos iguales.

Porque siempre hay esperanza.

Gisela Ortiz Perea



ASÍ ENCONTRÉ A MI PADRE

Alfredo tiene veintidós años, está en el segundo año de Administración de empresas en la Universidad Nacional San Cristóbal de Huamanga en Ayacucho a donde ha llegado con mucho esfuerzo desde la comunidad de Raccaya en Víctor Fajardo. Ha ingresado entre los diez primeros puestos a los veinte años. En Raccaya estudió su primaria, y la secundaria en el distrito de Canaria, a cinco horas de camino desde su pueblo. Los estudios los realizó mientras ayudaba a sus padres, campesinos ellos, en los quehaceres de la chacra: pastoreando las ovejas, cuidando los sembríos conjuntamente con sus seis hermanos, participando de las cosechas, vendiendo lo poco que recogían para ayudarse a mantenerse en el colegio. Los lunes, a las tres de la mañana, salía de Raccaya hacia Canaria, en esas circunstancias, estudiar realmente fue un logro.

Un día de 1984, en una calle de Huamanga, Alfredo se encontró con su primo Pedro quien había llegado desde Raccaya. Las noticias no eran gratas. Le informa de hechos violentos que han ocurrido en la comunidad. Sus padres: Quintina y Gonzalo, se encontraban cuidando el ganado en su estancia sobre los 4,000 msnm en las frías alturas donde el silencio sólo permite escuchar el silbido del viento y el movimiento del ichu; cuando los fuertes ladridos de los perros anunciaron la llegada de los senderistas. Sin explicación mataron a su padre y golpea-

ron gravemente a su madre, dejándolos tirados en medio de la nada. Algunos de sus vecinos llegaron para socorrerlos. Enterraron al padre en la fría puna, apurados para que no los vieran hacerlo; el entierro duró lo que dura el fuego de una vela. Trajeron a la madre a su comunidad. Él, como hermano mayor, tenía que saberlo, tenía que ir a cuidar a su madre.

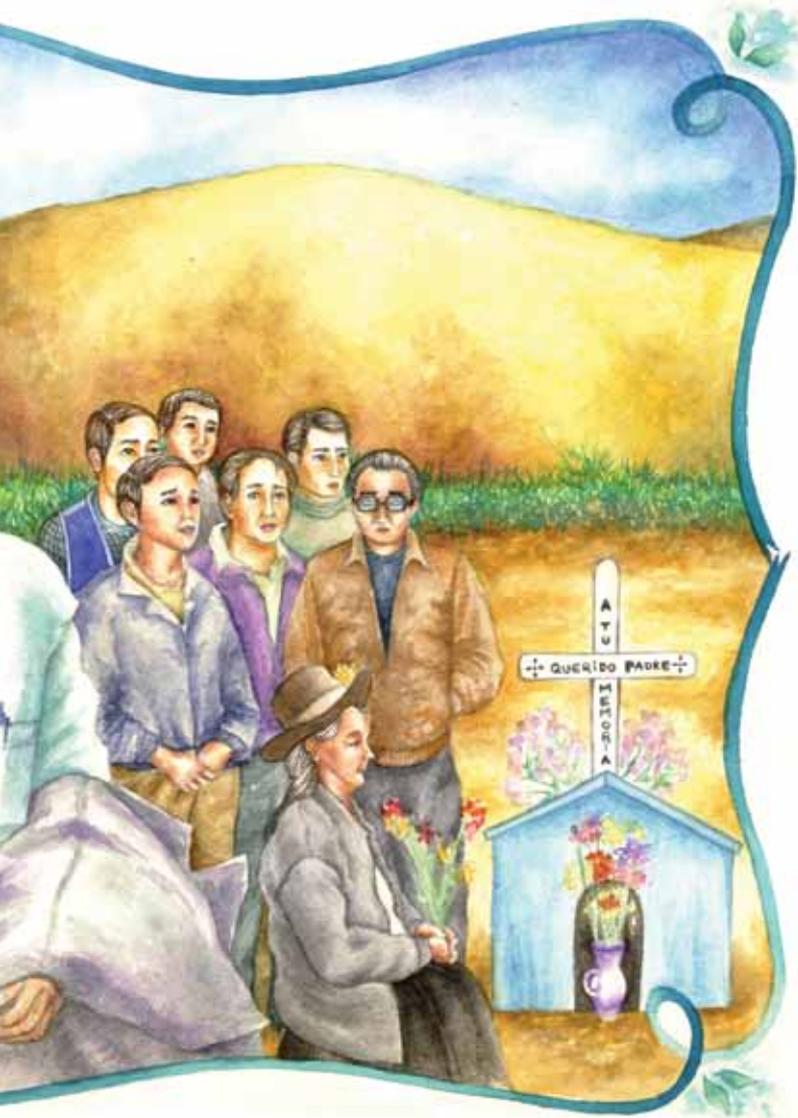
Alfredo cogió las pocas cosas que poseía, algo de ropa, unos cuantos libros y se fue hasta Raccaya en un camión, pues el bus solo salía una vez por semana; su madre, entre llantos y lamentos, le contó lo ocurrido. «No pude despedirme de mi padre», pensó Alfredo mientras las lágrimas caían por su rostro.

Alfredo no volvió a la universidad. Se desplazó con su madre y sus hermanos hasta Lima, ciudad inhóspita que no quiso recibir a estos migrantes. Encontrar trabajo fue difícil, más aun para un ayacuchano joven ex universitario sospechoso de “algo”, de todo. Pese a las múltiples dificultades, se fueron superando todas con el cariño y la unión de la familia. San Juan de Lurigancho fue el distrito donde se establecieron.

Alfredo encontró el amor casi a los 50 años. Hasta ese entonces se dedicó a cuidar a su madre, a sus hermanos menores y a representar a sus paisanos en la exigencia de sus derechos. Es un líder nato con la claridad que te da saber cuáles son tus derechos y la capacidad para exponerlos, para defenderlos. Sin embargo, la vida no transcurre normal para Alfredo y su familia. Hay un tema pendiente que lo persigue incluso en sus sueños: haber dejado a su padre enterrado clandestinamente en esas frías punas. «Tengo que recuperar sus huesos y enterrarlos para que descanse», se repite mientras realiza una y otra gestión ante la Fiscalía,







el Congreso, la Defensoría del Pueblo, contando lo ocurrido una y otra vez para que no se olviden de su historia, pidiendo recuperar a su padre.

Es el mes de agosto de 2009, a la casa de Alfredo llegó una notificación de la Fiscalía de Ayacucho para la exhumación de su padre. Han pasado 26 años y los recuerdos regresan a su memoria como si todo hubiera ocurrido ayer: la imagen de su padre chacchando su coca mientras trabajaba en la chacra, sus hermanos en Racaya compartiendo lo que su madre les preparaba con harto cariño. Recuerdos lindos de su infancia y juventud, que se entremezclan con el colorido de la tierra y sus ricos aromas tras una lluvia del mes de febrero, pero también asoman recuer-

dos de dolor, la muerte del padre, la madre enferma llorando y enfermándose de la pena.

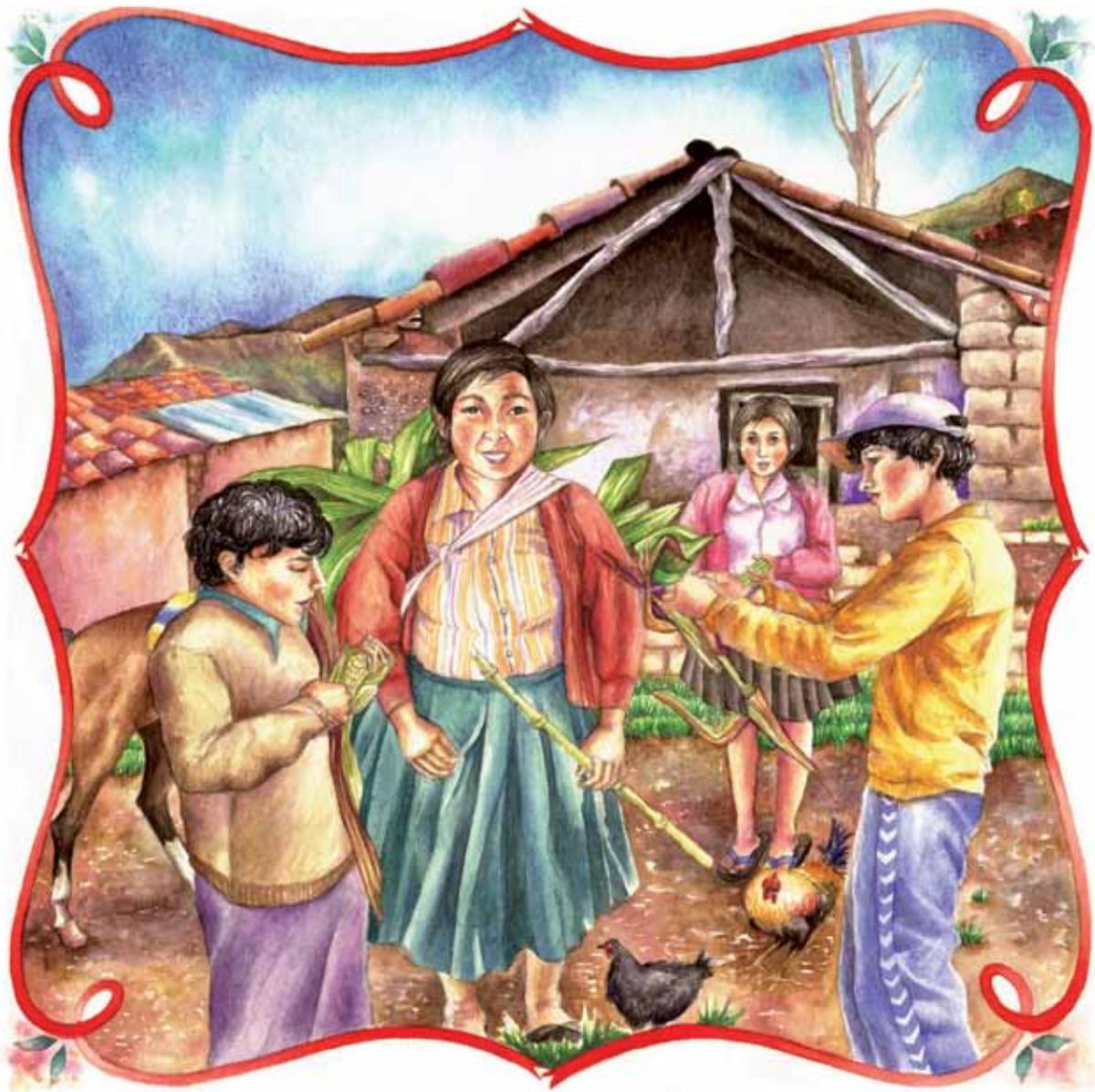
La comitiva de la fiscalía y los peritos viajaron acompañados por Alfredo hasta Chalhuamayo. Caminaron luego unas tres horas hasta el lugar donde está enterrado el señor Gonzalo. Alfredo hizo de guía. Él recorrió varias veces ese camino para ir a visitar a su padre. Llegaron al lugar cerca del mediodía. No llevaron peones y Alfredo tuvo que ayudar a escavar el sitio de entierro; a pocos metros de profundidad, se pudo observar el cuerpo. Alfredo vio a su padre después de tantos años; él no se despidió, no lo enterró. Ahora le tocaba rescatarlo para llevarlo con su familia, para que todos se despidieran, para enterrarlo dignamente como se merece un padre, un ser querido.

Después del procedimiento pericial de medir y tomar fotografías, sacaron el cuerpo y lo envolvieron en un plástico azul, ese que llevamos para protegernos de la lluvia. «Hubiera traído una manta para envolver a mi padre», pensaba Alfredo, mientras lo cargaba al hombro para recorrer el camino de bajada por interminables horas hasta llegar al lugar donde estacionaron las camionetas.

En medio del dolor, Alfredo sólo pensaba en las palabras de despedida para su padre que los protegió en una ciudad ajena como Lima: «Te he venido a recoger, te voy a llevar con nosotros, ya no estarás de frío en esta puna. Ahora sí podrás descansar». Fue un momento de reencuentro con el padre ausente durante veintiséis años, arrebatado por el odio de quienes sembraron la muerte y el dolor, destruyendo miles de familias.

No hubo odio en la mirada de Alfredo, sino calma. Sintió cómo su corazón palpitaba cada vez más rápido, agitado por la altura, sacudido por la emoción y los sentimientos que se entremezclaban. Alfredo sigue bajando de la puna aferrándose al cuerpo de su padre, cargándolo como él lo hizo muchas veces siendo niño, compartiendo con él sus pensamientos. Ahora sabe que no podrán separarlos. Alfredo trajo consigo a su padre, hasta San Juan de Lurigancho en Lima, era la primera vez que su padre llegaba a la capital, esa capital que vivió de espaldas a la muerte de campesinos y que ahora se convertía en el lugar de descanso eterno para don Gonzalo.

Inspirado en el testimonio de Alfredo García Chipana del anexo de Raccaya, distrito de Canaria, provincia de Víctor Fajardo, región Ayacucho.



¿DÓNDE ESTÁS, FELIPE?

“ ¡ Felipe, Felipe, Felipe! ¿Dónde estás, Felipe?”

Y el grito ensordecedor de doña Josefa se pierde entre los cerros de Hualla, de Huamanga, de Ayacucho; se los lleva el río, se entierran entre los peñascos... Y nadie responde dónde está Felipe. Es un grito que no sale de la garganta; se lo puede sentir, sale del alma, sale del vientre que lo parió hace catorce años. Es un grito que se queda en mis oídos después de muchos años y me estremece hasta las lágrimas. Lo siento en mi piel que se eriza, en mi corazón que palpita.

Felipe, es estudiante del colegio secundario José Carlos Mariátegui. Hace unos meses ha llegado a su pueblo gente extraña. Han llegado y han reunido a todos en la pequeña plaza bajo la sombra de sus árboles para hablarles de las injusticias que comete el Estado, de la plata que tienen los comerciantes de la zona, de las desigualdades... Pero ellos hablan mientras van cometiendo injusticias, robándole los víveres a la gente, exigiendo que maten sus animales para darles de comer. Asesinando autoridades.

“Hualla era un distrito próspero, la gente sembraba maíz, habas, criaba sus animales en las punas, con muchos proyectos de desarrollo como la construcción de una hidroeléctrica. Son tiempos difíciles los que hoy está viviendo; no po-

demos pensar en desarrollo, hay que cuidar nuestras vidas, correr a las cuevas antes que oscurezca y quedarnos ahí por días, pasando hambre. No hablar con extraños, esconder a nuestros hijos. Qué importa la escuela, el colegio. Sólo podemos pensar en salvarnos”, dice doña Josefa.

El pueblo ya no es el mismo, en las calles ya no se ve a la gente, solo caminan los animales, las calles se han llenado de hierbas, muchos se han ido a Huamanga, a Ica, Lima. En la plaza reúnen a todos los que quedan y separan a los más jóvenes, varones desde los doce años y mujeres también. Nadie sabe para qué pero todos temen lo peor. “¿A dónde los llevan?” pregunta una y preguntan todas. Las madres se aferran a las piernas de sus hijos, gritan, lloran, suplican “¿A dónde los llevan?, ¡Suelten a mi hijo! ¡Llévenme a mí!” dicen las madres.

Los jóvenes asustados piden ayuda, no se quieren ir. Los mandos de Sendero ordenan que les den de latigazos a las madres. “Sus hijos tienen que servir al partido” es la única respuesta, mientras las siguen golpeando.

Ese día fueron secuestrados treinta jóvenes, obligados a abandonar a su familia y a su pueblo para sumarse a una guerra que no era suya, que no entendían ni querían. Caminan por varias horas, con hambre y miedo. Cruzan pueblos de noche, se esconden de día para que los soldados del ejército no los vean, para que los comuneros no avisen de su presencia y les preparen una emboscada.

Han caminado tres días, están agotados y llegan a un pueblo. “Aquí es”, dice el que los dirige. “Hay que esperar el momento propicio para atacar y darles una lección por habernos traicionado”. Nadie sabe dónde están.







Al día siguiente, muy temprano se produce el enfrentamiento, los jóvenes secuestrados se enfrentaron con palos y con piedras, no para defender a un partido que no conocían sino para salvar su vida. Ahí murieron veinte jóvenes, sin entender, llevados a la muerte sin saber por qué. ¿Acaso por ser pobres?, ¿Tal vez porque eran jóvenes? o simplemente porque otros así lo decidieron.

Ahí murió Felipe y fue tirado al barranco por los comuneros del pueblo atacado por Sendero; tirado como animal, creyéndolo enemigo, terrorista. A ese barranco de donde no se podrá recuperar su cuerpo por lo inaccesible. Doña Josefa nunca dejó de buscarlo; visitó pueblos, preguntó por aquí, indagó por allá; fue a la ciudad a

denunciar el secuestro. Algunos años después cuando la tranquilidad volvió al pueblo, le contaron lo ocurrido e inmediatamente su fue hasta esa comunidad cargada de preguntas, algunos se apiadaron de sus lágrimas y la llevaron hasta el barranco. Se arrodilló, saber que estaba tan cerca de su hijo y no poder rescatarlo, sacarlo, abrazarlo la llenó de desesperación: “Él no tenía culpa de nada, no fue malo ni le hizo daño a nadie”, repite mientras sus palabras se entremezclan con el llanto.

¡Felipeeeee! ¡Felipeeeee!, sigue gritando doña Josefa con la esperanza de que su hijo se levante y camine hacia ella, a abrazarla como cuando era niño y se refugiaba en su regazo. Sigue gritando mientras su grito viaja con el viento, se queda en el cerro, se aloja en el barranco y doña Josefa, ahí solita, mirando al vacío sólo espera que ese grito se albergue en nuestros corazones para que nunca olvidemos a su Felipe, a nuestro Felipe, al Felipe de todos también de un país que no lo quiere conocer, que niega su existencia. De nuestro país para el cual Felipe, doña Josefa y los miles de Felipes, nunca existieron pero que siguen estando ahí, esperando.

Inspirado en el testimonio de muchas madres de Hualla y Accomarca cuyos hijos fueron secuestrados por Sendero Luminoso y que siguen esperando saber dónde están.

El Equipo Peruano de Antropología Forense – EPAF es una asociación civil dedicada a la investigación y capacitación forense, y la promoción de iniciativas de desarrollo humano con el objetivo último de fortalecer la gobernabilidad y el estado de derecho en contextos de postconflicto e inseguridad social. Para esto EPAF trabaja en casos de abuso de la fuerza y otras formas de violencia, la investigación de personas desaparecidas, las secuelas del conflicto armado y el empoderamiento psicosocial y socioeconómico de las víctimas.

Como parte de la (re)construcción de nuestras memorias de los hechos del conflicto armado interno de 1980-2000, EPAF trabaja con jóvenes de los años 4° y 5° de educación secundaria en las comunidades ayacuchanas de Hualla, Sacsamarca, Huamanquiquia, Morcolla y Raccaya. Al compartir estos relatos, buscamos que todos conozcan estos hechos, para fomentar la empatía, solidaridad y respeto hacia las víctimas y sus comunidades.

TE CUENTO LO QUE HE VIVIDO

© Equipo Peruano de Antropología Forense - EPAF
Av. Mello Franco 341, Jesus Maria - Lima
Tel.: (511) 424-5490
E-mail: epafperu@epafperu.org
Facebook: www.facebook.com/epafperu

Primera edición: Octubre 2013
Tiraje: 1000 ejemplares
Textos: Gisela Ortiz
Ilustraciones: Lici Ramírez
Diseño e impresión: SINCO editores
Jr. Huaraz 449 - Lima 5 Teléfono: 433-5974
sincoeditores@yahoo.com
Impreso en Perú, Octubre 2013

